

caballo blanco á matar indios, y referíanse otros hechos gloriosos del santo apóstol.

Rolaba la conversacion sobre la paz ajustada con Francia, y de lo bueno, justo y sábio que era S. M. Carlos IV, y sobre todo de las esperanzas del reino en el príncipe Fernando, futuro rey de España y de las Indias.

—Yo, exclamaba lleno de unción el señor juez de testamentos, Abad y Queipo, no puedo menos que felicitar al venerable clero por los adelantos que se han hecho en la religion católica, merced á la vigilancia del santo Tribunal de la Fé.

—Como que esos condenados portugueses han venido á las Américas trayendo el pestilente contagio de la *heregía mixta*, añadió un clérigo de la tertulia.

—Cierto es, contestó uno de los católicos paisanos, que aun tenemos *brujas* y *hechiceras*; pero huyen cuando se planta una cruz.

—Ayer nada menos se presentó una de esas malditas en la casa de una hija de confesion, y la quiso obligar á marcharse con un tal Joaquin María de los Ramos, barbero acreditado.

—No seria inoportuno que fray Angel de la Divina Infantita, delegado del Santo Oficio, practicase una averiguacion sobre ese hecho que trasciende á heregía.

—Estoy á las órdenes de su señoría ilustrísima.

—Esto es de sigilo bajo conciencia.

Todos inclinaron la cabeza, y fray Angel que era una especie de ganapan montañés, se dirigió á la mesa é hizo los apuntes que creyó convenientes.

—Pues señores, continuó el clérigo, la idolatría ha dejado raíces profundas, los *naguales* acechan las cabañas y las brujas vuelan en el cielo de las ciudades; muchas veces las he oido sobre mi azotea.

—Ave María! exclamaron los tertulianos santiguándose.

En aquellos momentos tres toquidos sonaron en la vidriera.

CAPITULO III.

EL ESCRÚPULO DE CONCIENCIA.

I.

El clérigo Cipriano Pontolongon, aturdido aún con la *manta*, y zumbándole los oidos, se dirigió al obispado á dar cuenta al ilustrísimo señor fray Antonio de San Miguel, del escándalo ocurrido en el colegio de San Nicolas.

No preocupaba tanto al dómíne la zurribamba, cuanto el haber sorprendido al rector en la lectura de *papeles* sospechosos.

Hacia ocho meses que espiaba momento á momento sin tener motivo para fundar acusacion alguna; ya estaba exasperado y próximo á tornar á México, cuando accidentalmente vió al eclesiástico con los periódicos europeos, y frotándose las manos de gozo, se dirigió como tenemos dicho, á poner en conocimiento del prelado el fruto de sus pesquisas.

El señor obispo estaba en la tertulia nocturna, compuesta de clérigos y personajes católicos y distinguidos de Valladolid. Hablábbase de los milagros del señor Santiago que bajó en su

Todos se volvieron, como esperando la entrada de la bruja.

El padre Pontolongon penetró en la sala, y su fisonomía asustada por las emociones, produjo una impresion desagradable en el ánimo de los circunstantes.

Acercóse el clérigo, dobló una rodilla y besó el pastoral del obispo.

—Tome asiento, dijo su ilustrísima, y diga algo de nuevo.

—Nada sé, ilustrísimo señor, á no ser un tumultillo de los colegiales.

—Hola! los escolares se han atumultado, y contra quién?

—Contra mi persona, ilustrísimo señor.

—Cuenta, padre, cuenta el por qué de esos desórdenes.

—Yo no quiero hablar de mis superiores, ilustrísimo señor; pero el gefe del colegio que desempeña el rectorado, parece descuidar algo lo que se le tiene encomendado.

Viéronse con una mirada de inteligencia el obispo y Abad y Queipo.

Pontolongon continuó con un tono de hipocresía concentrada:

—Los escolares se han permitido ponerme un sobrenombre.

—Cual? se apresuró á preguntar el obispo.

Tartamudeó el clérigo, y dijo al fin:

—Pues ilustrísimo señor, me llaman *chacal*.

Una sonrisa discurrió por todos los lábios, porque el apodo le venia de molde.

—No hay que hacer aprecio de las humoradas de los escolares.

—No es eso todo, ilustrísimo señor, sino que esta noche á la hora del *rosario*, apagaron las luces y me han dado una con las turcas, que mi existencia ha estado á punto de peligrar seriamente.

—¿Y todo eso en la capilla, padre Pontolongon?

—En ese sagrado lugar precisamente.

—Esto es mas serio de lo que parecia.

—Ya lo creo, como que trae consigo la profanacion del recinto y la violacion de mi persona.

—Malo, malo! murmuró el obispo.

—Yo deseo que se aplique un correctivo, no por mí, porque yo perdono; pero sí por el desacato.

—Tiene razon el padre.

—Y ha dado parte al rector?

—Lo creí enteramente inútil.

—El mal ejemplo puede cundir, atajemos el mal haciendo salir á los perturbadores.

—¿No le parece á su señoría, dijo fray Angel de la Divina Infantita, que el Santo Oficio se roza con este asunto de violacion?

—Lo creo; pero la inadvertencia de los estudiantes es escusable, lo cual no quiere decir que deba omitirse el castigo.

—Con la expulsion de los perturbadores.

—No es eso suficiente reverendo, padre: se necesita enviarlos por algun tiempo á un convento. Me ocurre el de San Luis Potosí.

—Falta saber los nombres.

—Me será fácil señalarlos.

—Es negocio arreglado.

Sonó el toque de ánimas, rezóse una *estacion* y disolvióse la tertulia.

II.

El padre Pontolongon se quedó en la sala del obispo.

—Qué tiene que decirme? preguntó con esa arrogancia característica de los obispos, el primado de la iglesia de Valladolid.

—Señor, tengo un escrúpulo de conciencia: veo comprometida la sagrada religion y no quiero tener reserva alguna.

—Hable pronto.

—El rector del colegio tiene periódicos europeos; yo lo he visto, lo he palpado.

—Dios mio! exclamó el obispo; yo os compelo en nombre de mi autoridad episcopal á que reveleis todo, todo, sin omitir circunstancia alguna.

—Ilustrísimo señor, voy á hacerlo al instante.

—Aguarde su paternidad; y acercándose á la mesa tocó la campanilla.

Presentóse un familiar.

—Que llamen á fray Angel.

—Aquí estoy, contestó el fraile, que se habia quedado en un rincón de la sala.

—Bien, ya ha escuchado su paternidad, esto es de sumo interés. Hable todo lo que sepa y le conste.

El padre Pontolongon, que estaba acostumbrado á la *denuncia*, hizo la mímica perfectamente antes de comenzar su relato.

—Estaba, dijo el clérigo, ocupado en aplacar el motin de los colegiales, cuando el señor rector se encerró en el salón; subo precipitadamente, toco por tres ocasiones y nadie responde; entonces, temiendo que le hubiera acometido al rector algun accidente, me asomé á la cerradura de la puerta, y ví---- válgame Jesucristo!---- ví que ojeaba papeles *impresos*, que se entusiasmaba, que esgrimia los libros, que sacaba los ojos y gesticulaba horrorosamente, como un *espirituado*.

—Y no percibísteis alguna palabra?

El clérigo comenzó á mentir descaradamente.

—Sí, ilustrísimo señor, percibí palabras escandalosas, subversivas.

—Repetídlas, yo os lo permito.

—Pues decia---- decia---- *igualdad!*---- *fraternidad!*----

—Horror! horror! exclamó el obispo; esos papeles traen las ideas venenosas de la revolucion francesa, esa maldición de la humanidad---- He ahí el mal ejemplo de esos relapsos que han votado la muerte del desgraciado Luis XVI---- Ese clero cor-

rompido, esos clérigos infames á quienes ha excomulgado Su Santidad.

—Perceptiblemente escuché esas abominaciones, ilustrísimo señor, decia el clérigo insistiendo en su impostura, sin saber que accidentalmente daba en el clavo.

—Reverendo padre de la Divina Infantita, es necesario practicar un escrupuloso cateo en la sala rectoral del colegio; mi conciencia está inquieta, y si mañana se descubriese algo, yo seria el comprometido con el Tribunal de la Fé.

—Os sobra razon, ilustrísimo señor, exclamó con un celo hidrofóbico fray Angel; en vano el gobierno del virey Branciforte ha procurado el exterminio de esos documentos infernales de los herejes revolucionarios; ellos alcanzan como la langosta á los campos mas bien cultivados.

—Vayámonos con tiento, reverendo padre, en este negocio; el rector de San Nicolas es un hombre respetable, es un sabio, y el clero de México lo respeta; tiene amistad con algunos señores inquisidores.

—Eso es otra cosa, salvemos su persona, respetémosle; pero tomemos esos papeles, que una vez en nuestro poder, justificarán la medida.

—Es que el señor Hidalgo no permitiría el cateo; puede acusarnos, y la responsabilidad del escándalo caerá sobre nuestras cabezas.

—Yo, ilustrísimo señor, me lavo las manos, dijo confuso el padre Pontolongon.

—Pero yo no me las lavo, gritó el fraile montañés; si me han de quemar por defender nuestra sagrada religion, estoy resignado á sufrir las llamas.

—No es eso, reverendo padre, es que de no salir exacto todo lo declarado por ese subdiácono, cae en desconcepto la Inquisición.

—Ese es otro aserto, ilustrísimo señor; pero de cualquiera manera se debe proceder al cateo.

—Arreglemos el modo.

—Me ocurre uno, dijo sagazmente Pontolongon.

—Dígalo al punto.

—Haced llamar al rector de San Nicolas para una consulta, y mientras practicamos la operacion. A esta hora los colegiales duermen, y el rector no tiene ya que volver al salon donde están los libros.

—Extrañará que á las nueve de la noche se le llame.

—Eso consistirá en el mayor ó menor interes que deis á la consulta.

Quedóse el obispo reflexionando un momento, y despues dijo con un tono de seguridad:

—Decid á uno de mis familiares que vaya á suplicar al señor Hidalgo y Costilla se digne pasar inmediatamente al obispado.

Restregándose las manos de placer, se escurrió el dómine y dió el recado al familiar, que fingia dormir profundamente en uno de los sillones de la antesala, pero que acechaba como un Argos, sin perder una palabra.

III.

Un cuarto de hora despues, el rector de San Nicolas entraba en la sala de recepcion del arzobispado de Valladolid.

Dos embozados acechaban desde la acera del frente.

Luego que las pesadas hojas de la gran puerta del arzobispado se cerraron, los embozados se dirigieron al colegio de San Nicolas.

El eclesiástico, que ya conocen nuestros lectores, tomó asiento esperando la llegada del obispo.

Despues de unos veinte minutos, el señor obispo se dejó ver en el salon.

—Perdone el señor Hidalgo si le he hecho aguardar demasiado; pero un asunto de urgencia me detuvo en el despacho.

—Estoy á las órdenes de su señoría ilustrísima, dijo el rector sin besar la mano que el obispo cuidó de recatarle. Deseo saber el objeto que me proporciona el alto honor de hablar con su señoría.

—El negocio á primera vista parece insignificante, pero puede traer algunos resultados desagradables.

—Ya escucho á su señoría.

—Sé que los escolares de San Nicolas han entablado cierta guerra con el *maestro de aposentos*, un tal Cipriano Pontolongon, que por recomendaciones de México está colocado en San Nicolas.

—Hay algo de eso, ilustrísimo señor.

— Es que esta noche se han permitido aporrear al susodicho Pontolongon, sin detenerlos el sitio donde se encontraban, que era nada menos que la capilla.

—Ya tuve noticia de ese suceso, y he aplicado el correctivo oportuno.

—Yo os confieso que estoy impresionado de una manera desagradable.

—Puede sosegarse su señoría ilustrísima; todo eso no merece la pena. Ese *maestro de aposentos* es la persona menos á propósito para el cargo que se le ha conferido; hombre sin talento, sin educacion, ignorante, y sobre todo, no muy ortodoxo.

— Y cómo lo habeis consentido?

—Yo respeto siempre las órdenes superiores.

—Luego ese hombre es un hipócrita?

—No me he tomado la pena de tratarlo; pero ya he tenido quejas de algunos vecinos sobre su conducta, lo que confieso, ilustrísimo señor, que poco me ha conmovido, porque conozco el corazon humano.

—Es que la juventud....

—Si, la juventud necesita hombres de ciencia que la guien por el sendero de la verdad.

10 20006185